

LIBROS

Cerámica del País Vasco, de Leandro Silván

AMPARO CASTIELLA RODRIGUEZ

La publicación que nos ocupa¹ tuvo un precedente en 1973, con el estudio de la *Cerámica navarra* del mismo autor, que ha publicado con posterioridad otros trabajos que tratan asimismo del arte cerámico. Por lo tanto su dedicación a este tema, convierte al Prof. Silván en una autoridad en la materia.

De la lectura detallada del libro se desprende la meticulosidad con la que ha sido elaborado; la abundancia de noticias y bibliografía que le acompañan en todo momento constituyen una fuente estimable de datos.

El contenido de la obra se divide en una nota preliminar (en castellano y vascuence), una introducción, cinco largos apartados, un epílogo (igualmente en castellano y vascuence) y una completa relación bibliográfica. En la sucesión de los distintos apartados, que siguen un orden cronológico desde la Prehistoria hasta la actualidad, dedica el autor unas páginas a los acontecimientos históricos para explicar y justificar las repercusiones que los mismos tienen sobre la producción cerámica.

En la Introducción queda bien destacado el hecho de que la cerámica es un «trabajo artesano», que cumple una «función práctica», pero es, asimismo, un «arte». En la producción alfarera tendrán una gran importancia las circunstancias específicas del «hábitat». El apartado II está dedicado a los condicionamientos naturales —geográficos y humanos—, resaltando en ellos las peculiaridades propias que han configurado de un modo peculiar a las gentes que habitan el País Vasco.

El estudio de la producción ceramista pre y protohistórica resulta apasionante por ser el comienzo de esta actividad, pero por ello está rodeado de muchos interrogantes debidos a la falta de datos. Uno de ellos es la pregunta «¿de dónde procede y de dónde llegó esta cultura a territorio euskaldún?». Para su contestación recoge las opiniones de los distintos especialistas en la materia.

En cuanto al estudio de las técnicas empleadas para la elaboración de estas formas, parte de la hipótesis inicial de que han existido talleres cerámicos en el País Vasco cuya evidencia material no ha sido encontrada.

1. SILVAN, LEANDRO. *Cerámica del País Vasco*. San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1982. 325 páginas.

A este supuesto se añaden otros cuyo desarrollo posibilita el conocimiento de los tipos de arcillas, sus características así como los tipos de modelados usados, destacando el hecho de que el más generalizado sea el modelado a mano. En esta etapa hace alusión también a la cerámica de las cuevas y dólmenes, dedicando especial atención al vaso campaniforme. Finalmente estudia la cerámica protohistórica de la Edad del Hierro procedente de los poblados, tanto la producción manufacturada como la celtibérica, que coincide con la utilización aceptada del torno, cuya adopción fue fácil y rápida.

La producción cerámica de las Edades Antigua, Media y Moderna, es recogida bajo el mismo apartado.

En su desarrollo comienza por la producción romana, destacando en ella el avance técnico que se ha efectuado y cómo repercute en los resultados obtenidos: mejora la calidad y aumenta la producción. A pesar de ello, Silván destaca el hecho de que «los vascos fueron siempre remisos a la aceptación de yugos extraños», justificando de este modo la ausencia de alfares romanos en la zona en estudio.

La Edad Media se inicia con el consabido retroceso. Por lo que a la producción cerámica se refiere se advierte indudablemente una escasez y un deterioro de su calidad, factores que se superan al finalizar la Reconquista. Las novedades que aporta esta etapa son fundamentalmente el empleo habitual del vidrio y los esmaltes, así como la utilización de una variada gama de colores.

En la Edad Moderna y Contemporánea es estudiada la cerámica popular destacando la proliferación de los alfares, sobre todo en Alava. Hay un aumento considerable de la producción, analizando el Prof. Silván acertadamente sus causas. Se conocen ahora con exactitud los procesos de elaboración, claramente descritos, a los que acompañan planos de hornos, gráficos de las temperaturas alcanzadas, así como aspectos diversos de las vasijas fabricadas. En esta descripción incluye una larga lista de centros alfareros, con nombres de los últimos artesanos y gran abundancia de datos de la fabricación de las piezas.

La obra termina con el estudio de la loza fina y la porcelana. Destacaremos en este último apartado la definición que sobre ambas variedades cerámicas puntualiza, matizando también sobre las distintas categorías de lozas y porcelanas. Es importante la documentación recogida sobre los diferentes talleres que se conocen, y las vicisitudes que han sufrido en su desarrollo.

Ofrece una abundante muestra de esculturas vascas sobre material cerámico, en la que destaca los nombres propios de Acebal, Cañada, Garraza, etc.

En la cerámica para usos técnicos del País Vasco, comienza haciendo alusión a las empleadas en las construcciones protohistóricas, momento en que se emplea abundantemente, y su evolución y desarrollo en momentos posteriores. La azulejería es el último punto tratado, destacando su escaso desarrollo en comparación con otras zonas. Acompaña esta documentación con el alzado de un horno para la fabricación de azulejos en Salvatierra, y los avatares del mismo.

El epílogo resalta, por un lado, la evolución y progreso que se advierte en la producción cerámica del País Vasco, y por otro, la falta de originalidad en sus producciones, si bien ha habido momentos de esplendor y buenos artesanos vascos.

La cultura fronteriza en el Paso (Texas)

JOSE-ANGEL ZUBIAUR CARREÑO

La Universidad de Yale acaba de editar un excelente trabajo de historia social y urbana de MARIO T. GARCIA, profesor de Historia y Estudios Chicanos de la Universidad de California, titulado **Inmigrantes del Desierto. Los mexicanos de El Paso, 1880-1920**¹. Acreedor en 1981 de **Southwest Book Award**, otorgado por la **Border Regional Library**, es fruto de una seria investigación apoyada en más de trescientas fuentes, orales y escritas. Libre de emociones partidistas, el autor ha reconstruido en once capítulos de fácil lectura la «*historia de los primeros inmigrantes del desierto que se afincaron en El Paso, la ciudad más importante a lo largo de la frontera norteamericano-mexicana*», a la que configuraron como tal durante los cuarenta años que median entre 1880 y 1920.

Para la realización de este árduo trabajo, el profesor García contó, entre otras, con las ayudas directas que le prestaron la FORD FOUNDATION, el NATIONAL CHICANO COUNCIL ON HIGHER EDUCATION, la NATIONAL ENDOWMENT FOR HUMANITIES (NEH) y el apoyo financiero de las ROCKEFELLER y W. MELLON FOUNDATIONS, así como de la citada NEH y de su propia Universidad que, además, le dispensó de su labor profesoral durante el tiempo de realización del estudio.

Con el fin de centrar el tema de la obra, advierte de entrada el autor que, «*aunque muchos norteamericanos sólo han tomado ahora conciencia de la presencia de mexicanos en los Estados Unidos, debido a la actual controversia acerca de los trabajadores inmigrantes indocumentados, los mexicanos no son extraños a la historia norteamericana. Irónicamente, han vivido y trabajado en el suroeste y en California durante más tiempo que los angloamericanos que ocuparon este territorio [. . .] Aquéllos mexicanos que permanecieron al norte de la nueva frontera [. . .], no sólo perdieron a su familia y sus tierras comunales, sino que fueron objeto de discriminación racial y política, así como de una erosión cultural. Su eventual status de segunda clase se convirtió en patrón para el posterior trato a los siguientes inmigrantes mexicanos. De aquí que la experiencia*

1. GARCIA, MARIO T.: *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*. New Haven, Yale University Press, 1982. 23,5 x 15,8 cms. XII +. 316 págs., 3 mapas y 23 fotografías. Precio en el Reino Unido £ 7,70.

del siglo XIX sea fundamental para comprender las relaciones raciales en esas regiones. Sin embargo, los primeros asentamientos de hispanohablantes únicamente supusieron el inicio de la saga mexicana en el interior de los Estados Unidos. La historia de los inmigrantes, iniciada al final del siglo XIX, ha sido de extrema importancia y está estrechamente unida al crecimiento del capitalismo industrial americano» (pág. 1).

En los cuatro primeros capítulos, el profesor García ubica la ciudad y establece el origen histórico y su posterior desarrollo económico-social. Expone cómo está situada en los confines del Estado de Texas, fronteriza con el de Nuevo México y muy próxima al de Arizona. Bañada por el Río Grande, se asienta sobre la ribera opuesta a la de soberanía mexicana. A su estratégica situación actual se une el hecho de haber sido históricamente el paso (de ahí su nombre) natural de las montañas que separan el inmenso desierto de Chihuahua del Valle de Río Grande, en la ruta colonial entre las ciudades de Santa Fe y Chihuahua. Dividida de oeste a este por el río, fue población mexicana hasta su ocupación por las tropas norteamericanas en 1846, que retranquearon la frontera con México hasta el propio cauce del Río Grande, quedando la población desdoblada en dos: El Paso, en la margen izquierda, bajo soberanía norteamericana, y Ciudad Juárez, mexicana, en la derecha. En el momento de su ocupación contaba con unos ocho mil habitantes. Treinta y cuatro años después, El Paso censaba tan sólo 736, pero en 1920 rayaba ya los cien mil e iniciaba el camino de convertirse en el mayor y más poblado núcleo urbano del oeste de Texas, Nuevo México y Arizona.

Con profusión de datos, el autor nos muestra cómo de una población casi deshabitada El Paso se convirtió en un oasis urbano, gracias al crecimiento económico experimentado en todo el suroeste tras el descubrimiento de recursos mineros en Arizona, Nuevo México e incluso en el mismo El Paso, que sería un núcleo ferroviario de primer orden, catalizador de todo el *boom* económico regional. A juicio del autor, este despegue económico no hubiera sido posible sin una mano de obra barata, aportada precisamente por mexicanos no cualificados para quienes, dada la dislocación económica que sufría México desde la recesión de 1906 y el movimiento revolucionario de 1910-17, «*El Paso simbolizó [...] lo que Nueva York representó para los inmigrantes europeos: la vía hacia lo que consideraban sería una vida mejor*» (pág. 2).

Lo cierto es que los mexicanos, según muestran las estadísticas empleadas por el autor, afluyeron a El Paso masiva e indiscriminadamente, ocupándose en actividades laborales asalariadas para las que fueron «enganchados» sin escrúpulos (minería, industria manufacturera, ferrocarril, construcción, granjas, etc.). Junto a ellos, pronto aparecieron exilados políticos a causa de la revolución.

En los capítulos quinto y sexto, el Prof. García describe el fenómeno de cómo a pesar de que inicialmente no fueran segregados racialmente, los mexicanos quedaron confinados en barrios claramente diferenciados dentro de la ciudad. Ello fue debido tanto a la estructura social del suroeste americano como a la idiosincrasia de los inmigrantes y al sistema educativo norteamericano: Primeramente, los mexicanos constituían por su escasez de recursos el estrato social más bajo, literalmente proletario, de la ciudad; en segundo lugar, su procedencia cultural era muy distinta a la de los

angloamericanos, lo cual les llevó a rechazar el sistema educativo del país de acogida y, por último, era meramente temporal. Todos estos factores influyeron decisivamente en las relaciones raciales y laborales, con claras repercusiones de carácter segregativo.

Mención especial merece por su tratamiento el capítulo séptimo de la obra, dedicado al estudio de los cuatro barrios mexicanos de El Paso, auténticos focos iniciales de pobreza, insalubridad, mortalidad infantil y criminalidad, favorecidas por su fuerte densidad en habitantes y las escasísimas condiciones de habitabilidad de las viviendas. Su localización en la ciudad vino determinada por la proximidad a la frontera con la patria (caso del populosísimo Chihuahuita) o por la cercanía de los tajos. En cualquier caso, del estudio que hace el autor de los censos de población no se deduce una movilidad de las comunidades de inmigrantes, si acaso de alguna pequeña bolsa. Fue en estos barrios donde se iniciaría poco después el surgimiento de un estrato social inmigrante un poco más elevado, el de los pequeños comerciantes (tenderos, hosteleros, sastres, barberos, etc.) y profesionales que ofrecerían sus servicios a la comunidad de la que formaban parte.

La actitud y la actividad política de los inmigrantes es el objeto de los capítulos octavo y noveno, que nos muestran cómo *«viviendo al lado de su patria y segregados como obreros no cualificados [...] no tenían interés político o económico en adquirir la ciudadanía americana ni en participar en la política americana»* (pág. 155), aunque de hecho muchos de ellos influyeran en la política local. El hecho de constituir un elevado porcentaje del censo electoral convirtió a los mexicanos en objeto del patronato de los políticos de turno, lo cual les aseguró un cierto grado de protección como etnia a cambio de un supuesto voto masivo, en un tira y afloja que detalla el autor con interés.

No puede decirse que ésta fuera la actitud de los ciudadanos de segunda de El Paso respecto a la política de su patria, pues los barrios mexicanos se implicaron decisivamente en las conjuras revolucionarias y en el tráfico de armas con sus hermanos de Ciudad Juárez, dando lugar a continuos incidentes diplomáticos. Y es que —escribe García— *«para la mayoría de los mexicanos el país de uno seguía siendo México, no los Estados Unidos»* (pág. 7).

En la margen izquierda del Río Grande se desarrolló una cultura con rasgos propios, cuyos trazos principales son tratados por el Prof. García en el décimo capítulo. Los inmigrantes mexicanos mantuvieron sus costumbres nativas, las cuales les ayudaron a conformar un sentimiento de comunidad con una fuerte continuidad cultural en el seno de la familia, totalmente refractaria a la asimilación de lo gringo. Se da el caso de que la emigración no sólo reforzó las costumbres, valores e instituciones nativas, sino también el propio concepto de «familia», que se vio extendida a los cosanguíneos más lejanos y a los afines (*compadrazgo*), también inmigrantes. *«Fue en el seno de la familia [donde] los mexicanos preservaron muchas tradiciones culturales nativas, las cuales les ayudaron en la transición a un nuevo escenario americano, proveyéndoles de un ambiente cultural familiar»* (pág. 202). En la familia, que cocinaba al estilo mexicano, se mantenía el folklore, las canciones y baladas, la literatura oral y la liturgia propia de onomásticas, cumpleaños, bodas, bautizos y funerales. Se recurría a la

medicina popular y al curanderismo. No extraña, pues, al autor que los inmigrantes en general no participaran en las pocas asociaciones mutuas y fraternas, creadas por aquéllos que poseían mayor educación o más cualificación, cuyo objeto no era otro que el de organizarse frente a una nueva y a veces hostil sociedad y que tuvieron por efecto la preservación, el fomento y la cohesión del sentimiento étnico y de la comunidad de inmigrantes, a la que dotaron de un liderazgo.

Sin embargo, fue la pobreza la que rompió la estructura familiar al obligar a la mujer a trabajar fuera de casa, cosa totalmente contraria a las costumbres y tradiciones mexicanas, abriéndose con ello un portillo a la americanización de la segunda y tercera generaciones, que mostrarían muchos de los valores y características comunes de la familia anglosajona de clase media.

El segundo portillo fue abierto por las iglesias locales de El Paso. La católica, con una jerarquía de origen irlandés y clérigos italianos y norteamericanos, si bien tuvo consideración de las tradiciones culturales mexicanas, les aportó valores propios de la cultura del país a través de las escuelas parroquiales. Otro tanto cabe decirse de la protestante, organizadora de conflictivas misiones, pero que supo introducirse entre los inmigrantes gracias a los servicios educativos y recreativos que ofrecía y prestaba.

Sutiles cambios culturales sufrieron las nuevas generaciones por impacto de la cultura de masas norteamericana, léase el cine (incluso el mudo) y los deportes (boxeo, béisbol), que introdujeron nuevos conceptos éticos y estéticos en los ya «americano-mexicanos», como los denomina el profesor García, quien recurre a Gamio² para afirmar que «*esta civilización [la de los años veinte] es americana nominalmente y muestra los principales aspectos materiales de la moderna civilización americana, pero intelectual y emocionalmente vive las tradiciones locales mexicanas*». Los inmigrantes mexicanos «*nunca fueron íntegramente asimilados a la civilización americana*».

Como conclusiones de su exhaustivo trabajo, el profesor García establece en el onceavo y último capítulo las siguientes: Primera, que los mexicanos inmigrantes de El Paso constituyeron la base de su prosperidad; segunda, que «*las experiencias económicas, políticas y culturales de los mexicanos en El Paso [...] durante el final del siglo XIX y el principio del XX estuvieron inextricablemente unidas al boom económico de la región*» (pág. 233); tercera, que los inmigrantes mexicanos, junto con europeos y los negros del norte, constituyeron una parte del amplio proceso histórico de formación de una clase trabajadora multirracial; cuarta, que «*la experiencia del inmigrante mexicano se caracterizó más por ser acomodaticia que por rebelde*» (pág. 235), lo cual fue aprovechado por los patronos y por los políticos locales para mantenerse en el poder a cambio de magras compensaciones económicas y políticas y, por último, que «*aunque retuvieron muchas tradiciones culturales mexicanas, también sufrieron un cierto grado de americanización debido a la influencia de las escuelas, de las iglesias y de sus nuevos intereses materiales y recreativos. El mantenimiento de unos estilos familiares de vida y la aceptación de nuevas influencias ayudó a los mexicanos a acomodarse a la que ellos esperaban sería una corta estancia*» (pág. 235).

2. GAMIO, MANUEL: *Mexican Immigration to the United States*. Chicago, University of Chicago Press, 1930. Reedición, New York, Dover Publications, 1971, pág. 65.

El autor termina donde empezó. Dígase lo que se diga hoy en día acerca de los «*extranjeros ilegales*», los inmigrantes mexicanos y sus descendientes, a pesar de no haber sido integrados completamente en la sociedad norteamericana, han constituido y constituyen una fuerza productiva de la vida norteamericana. Las pistas para la resolución de este dilema se encuentran en la historia de los primitivos inmigrantes en lugares como El Paso.

Dos interesantes estudios de etnografía canaria

JUAN CRUZ LABEAGA MENDIOLA

El Servicio de Publicaciones del Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife editó el libro de Adrián Alemán de Armas titulado *El Caserío de Masca* en 1975 y su segunda edición en 1978. El subtítulo introduce más claramente el tema de este trabajo: *Aproximación a la arquitectura popular canaria*. Antonio Gil de Olcina, catedrático de Geografía de La Laguna hace una breve introducción¹.

El autor, licenciado en Filosofía y Letras, aparejador y profesor de La Laguna, ha tratado con notable solvencia el estudio del hábitat rural y de la vivienda popular de una pequeña y olvidada población, Masca, integrada por un grupo de cincuenta caseríos con 190 habitantes, situada en el extremo occidental de la isla de Tenerife. Lo alejado de este lugar, sólo accesible por caminos de herradura, han hecho posible el que sus habitantes vivieran en un estadio al margen del progreso actual, y que por lo tanto conservaran sus viviendas todo el atractivo del arte popular sin adulteraciones.

El trabajo comienza exponiendo la situación geográfica y descripción de estos caseríos dispersos: La Piedra, El Turrón y La Bica, El Lomo de Masca y El Lomo de Medio, emplazados en las curvas de nivel divisorias en los bordes de las elevaciones. En otros puntos se trata del medio agrícola, llama la atención el exhaustivo abancalamiento realizado en las grandes pendientes, de los productos cultivados, de la crianza de animales domésticos y de sus relaciones con el exterior. El hecho de que el pan llega a lomos de mulo desde el valle de Santiago, nos habla de por sí del aislamiento en que viven estas gentes ya envejecidas, sin apenas niños ni jóvenes, debido a la emigración. Todo este condicionado, como es lógico, determina unos especiales modos de construir.

Se estudia a continuación la estructura de la casa y los diversos tipos de planos. Al no existir paredes medianeras está la planta liberada por sus cuatro costados. Hay un tipo de plano rectilíneo o en el de una sola planta con habitaciones independientes entre sí, a las que se accede desde el exterior. Otras viviendas tienen dos plantas, aprovechando el desnivel del

1. ALEMÁN DE ARMAS, ADRIÁN. *El caserío de Masca. Aproximación a la arquitectura popular canaria*. Publicaciones del Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. 1.ª edición, Santa Cruz de Tenerife, 1975. 2.ª edición, Santa Cruz de Tenerife, 1978. 102 páginas.

terreno, accediéndose a la parte superior o por medio de una escalerilla exterior de madera, que asoma a modo de pequeño balcón, o por el mismo desnivel del terreno.

Con particular detenimiento analiza los sistemas de techumbre: a dos aguas, a cuatro y excepcionalmente a una sola agua para edificaciones auxiliares. Se detallan con rigor los dos sistemas de envigado de la cubierta a base de maderos y enzarzado de cañas, consiguiéndose una estructura monolítica y suficientemente hermética, y se usan tejas curvas y planas.

En otro apartado describe el aspecto exterior, la fachada, que califica de movida, debido a lo accidentado del terreno. La mayor parte de ellas aparecen sin enlucidos dejando ver la labor de piedra: el basalto y la toba, y como elemento de unión entre ellas la arcilla con algo de cal. La cara, tanto interior como exterior, queda a plomo y se rellena el alma con cascajos y barro.

La cocina es la pieza más importante de la vivienda, en un rincón está el fogón formado por una piedra redondeada de toba y la campana, tiene las paredes revocadas, el suelo de lajas de piedra, y no suele llevar huecos de ventanas, ya que la ventilación se produce a través de la puerta entrea-bierta. Otra pieza esmerada es el dormitorio, no por la riqueza de su mobiliario sino por su limpieza y orden. A veces hay sillas y mesa, pues en esta habitación se recibe al visitante, y siempre arcones de cedro para guardar ropa y otros enseres. Mucha importancia tiene el patio, protegido de los vientos por la propia casa. «A él dan todas las puertas. En el patio se lava, se tiende, se plancha. Los rústicos bancos de piedra están rodeados de flores y el parral oculta gran parte de él».

Este esquema tan arraigado de construir está acorde con la topografía, las limitaciones del acceso a materiales modernos, penuria económica, y al hecho de que el propietario es el albañil de su vivienda. Lo importante de todo esto es que como señala el autor «la identificación arquitectura-paisaje es aquí un hecho tangible».

En otro punto se toca el uso de la madera para vigas, puertas y ventanas, describiendo sus diversas formas y el de la palma, la caña y el junco. Por último se anotan algunas actividades complementarias de vida, casi siempre en función de las propias necesidades, como la cestería, la cerámica, las esteras, y la producción de miel y de cera.

Se reproduce al final un documento del siglo XVI sobre donaciones de tierra a los colonos de Masca, una elemental bibliografía sobre la vivienda popular, y, como documentación gráfica, unas excelentes fotografías y dibujos del propio autor.

Concluamos, en fin, poniendo de relieve el mérito que de por sí tiene el haber abordado este tema de la arquitectura popular rural por las contadísimas publicaciones que existen sobre esta temática. A este mérito se añade la concienzuda investigación y el rigor y examen hasta de los más pequeños detalles, todo ello explicado en un lenguaje aseQUIBLE que junto con los gráficos mantienen siempre la atención del lector.

Taganana, un estudio antropológico social, de Alberto Galván², constituye uno de los primeros trabajos que se hacen de una de las comarcas de las islas Canarias desde el punto de vista antropológico-social, y se llevó a cabo en un interesante momento en el que se dan cambios sustanciales en el medio rural, creándose un nuevo sistema obrero-campesino. Esta investigación se realiza entre 1974-76 como tesis de doctorado de Filosofía y Letras sobre una comunidad de pequeños campesinos, Taganana, perteneciente al municipio de Santa Cruz de la isla de Tenerife. El censo de su población en núcleos dispersos alcanzaba 791 habitantes en 1975, de los que 177 salían diariamente del pueblo a trabajar en diversos servicios.

Nos confiesa el autor en la Introducción que la entrada a este lugar fue posible a través de una familia de obreros-campesinos con quienes convivió en su casa, y que el acceso a sus vecinos fue de abajo a arriba de la pirámide social, compartiendo su modo de vida e interesándose por la historia del lugar de tal forma, que al cabo de cierto tiempo era considerado como uno más del pueblo. El tema, pues, de este libro es la agricultura a tiempo parcial o sistema obrero-campesino en la comunidad de Tagana y las transformaciones en lo social y económico.

Tratando de dar una definición a esta nueva situación social se establece que el sistema obrero-campesino indica «el tipo de estrategia por la cual ante el mayor nivel salarial de los servicios, y dado el nivel bajo de ingresos del sector agrario, el productor directo intenta controlar a través de una actividad en un sector productivo diferente una renta complementaria. En este caso la renta mayor se obtiene fuera de la explotación. Es por ello que el obrero-campesino se convierte a la vez en productor directo agrario y el proletario que vende su fuerza de trabajo como una mercancía». Este sistema incide en la estructura social y económica de esta comunidad agraria, en los cultivos, en evitar la macrocefalia de las ciudades y en el retraso del proceso político de proletarianización.

Pasa a tratar en otro capítulo algunos aspectos generales de la historia y de la evolución demográfica de la localidad, en tres etapas: La 1.^a (1500-1820) sobre la colonización, la fundación del pueblo y estructura de la propiedad; en la 2.^a etapa (siglos XIX-XX) se estudia el proceso de desamortización y estructura de la propiedad y se ofrecen datos sobre la situación política, y en la 3.^a etapa se aborda la evolución de la población, el crecimiento vegetativo y el tan acusado fenómeno migratorio especialmente a Cuba.

Otro capítulo importante está dedicado a analizar el ecosistema, contexto ecológico, en el que se ha desarrollado la historia con objeto de integrar los modelos de percepción para «descubrir los efectos de la conducta presentada con respecto al modelo de percepción del ecosistema como está representado en el modelo operativo». Este ecosistema lo analiza en sus elementos bióticos (flora) y abióticos (clima, suelos), para después pasar a tratar sobre la organización social del espacio, no sólo a nivel de la oposición campo-ciudad, caserío-casco, sino el espacio interior del pueblo describiendo su situación, viviendas, comidas, etc.

2. GALVAN TUDELA, ALBERTO. *Taganana. Un estudio antropológico social*. Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1980. 285 páginas.

Este ecosistema es el telón de fondo y contenido de unas relaciones sociales que el autor enmarca en el proceso de transformación de esta comunidad rural durante los últimos años. Precisa el que «la dicotomía campo-ciudad que hasta los años sesenta significaba preferentemente producción-mercado, hoy en día cobra la significación de pobreza-riqueza» y la ruptura entre el productor y el mercado crea en el campesino la conciencia de la oposición campo-ciudad y de un sentido de inferioridad.

Otro capítulo está dedicado a la economía de esta comunidad de obreros-campesinos, la producción de productos agrícolas, la tierra, el agua, las formas de trabajo, instrumentos y cooperación campesina. La estrategia campesina ante el desarrollo del sector servicios ha ido reduciendo la disparidad de cultivos. La viña y la papa son los productos fundamentales, mientras que las hortalizas están en regresión por la falta de agua.

Con particular detenimiento expone la estructura de la propiedad agraria, excesivamente parcelada y minifundista, con más de un 60% en manos de los ricos, señalando el proceso por el que los antiguos peones o medieros comienzan a comprar sus terrenos. Igualmente expone las relaciones sociales de producción y régimen de tenencia en autoexplotación, trabajo asalariado y medianería, siendo esta última la que predomina. Después del análisis económico de la producción y de ver las cantidades producidas sobre todo de vino, se expone la circulación y el consumo del producto. Como dato significativo Taganana no tuvo carretera hasta 1968.

El último capítulo trata sobre la familia y relaciones de vecindad. En la estructura familiar se describen las formas de parentesco, residencia después del matrimonio, la honra y los valores sexuales, filiación, matrifocalidad y herencia. Se resalta en las alianzas matrimoniales, a través de datos muy completos, la gran endogamia local de los últimos años con un 78,74%. En cuanto a las relaciones de vecindad se observa cierta incapacidad para actuar en común porque la envidia institucionalizada domina la conducta del campesino. Finalmente constata las fuertes relaciones que existen entre el padrino y sus ahijados de bautismo y de matrimonio, y por su carácter sociológico se trata de las Hermandades del Santísimo y del Rosario.

En definitiva, como expresa el autor, «el estudio ha tratado de analizar el proceso de transformación social y económica de Taganana, generado por el desarrollo del modo de producción capitalista durante los últimos treinta años. Creemos que este análisis antropológico puede ser un buen modelo a imitar aplicable al estudio de cualquiera de nuestros pueblos con similares circunstancias. Al final del libro se incluye una abundante bibliografía sobre el tema con muchos títulos franceses e ingleses. Se ilustra la edición con fotografías, gráficos y dibujos.